

Un nuevo año, una nueva oportunidad.

Hay dos concepciones del tiempo radicalmente distintas. Una que considera que el tiempo es una perpetua reiteración de lo mismo. Es la que propugna la teoría del eterno retorno de todo lo que existe, sustentada por el paganismo clásico y proclamada en nuestro tiempo por Federico Nietzsche. La otra, que recorre todo el mundo bíblico, entiende el tiempo como una permanente tensión hacia una plenitud final.

Los cristianos vivimos y celebramos nuestra fe como la mediación que nos conduce a la plenitud final del mundo por Cristo en el Padre. Los cristianos creemos que el mundo y todas las criaturas vienen de Dios y vuelven a Dios.

Si nuestras vidas no se agotan en sí mismas, sino que tienden y alcanzan su plenitud en Dios, nuestro vivir diario tiene una capacidad de trascender lo empírico que solo desde la fe se puede explicar.

Vivir la fe cada día implica llenar nuestra existencia diaria de acciones cargadas de compromiso y de esperanza. La tensión hacia el futuro de la fe solo es posible desde la realidad de un presente que no esté vacío y que se abre a la plenitud.

Llenar el presente de nuestra vida de obras concretas de esperanza es la mejor solución para nuestro cansancio, para nuestro hastío y para nuestras desilusiones.

No es improbable que hayamos perdido algún tiempo de nuestra vida en lamentaciones estériles. Esa no es una vía a la esperanza.

Comienza un nuevo año y no deberíamos de resignarnos a la reiteración de vacíos esfuerzos prometeicos. Llenemos nuestras vidas de obras concretas de esperanza.

Feliz Año Nuevo para todos.

Luis Quintero Fiuza

Obispo de Tui-Vigo